

Informe especial

El caso de los jesuitas. ¿Quién los mandó a matar?

José María Tojeira (entrevista)

Por considerarlo de gran interés para nuestros lectores, reproducimos una entrevista hecha al Padre Provincial de la Compañía Jesús de Centroamérica José María Tojeira por la redacción de la revista *Envío*, publicación mensual del Instituto Histórico Centroamericano y de la Universidad Centroamericana de Managua. La entrevista está publicada en la edición Nº 109, noviembre de 1990, de dicha revista.

Envío: El proceso de investigación ha sido largo, complejo, y aún no termina. Es de suponer que ha habido diversos momentos dentro del mismo proceso de investigación... ¿Es así?

Tojeira: Sí, así es. El proceso ha tenido hasta ahora dos momentos, no tanto jurídicos o legales, sino reales. En el primer momento se discute políticamente si se va a juzgar a alguien o no. El poder judicial está al margen de esta decisión política, no tanto desde un punto de vista formal, sino desde el punto de vista real. Hay un sector, dentro del cual está el presidente Cristiani, que cree que hay que juzgar al menos a los autores materiales, llegar hasta alguien que haya sido realmente culpable. Y hay otro sector, militares y miembros del partido ARENA principalmente, que prefieren que todo quede en el silencio. Dentro del ejército existe también un sector que cree que debe juzgarse a alguien, que alguien debe pagar. Esta pri-

mera fase dura básicamente hasta mediados del mes de diciembre. Para entonces existe ya la decisión política que se va a juzgar a alguien.

Hay que señalar que en los primeros momentos se trata de culpar al FMLN. Los que lo intentan son tanto los que participaron en el complot del crimen como los que eran partidarios que no hubiera ningún juicio. Entre los autores materiales del crimen este intento es claro: dejan un cartel acusando al FMLN. Entre los que planificaron el asesinato, lo mismo. Existen dos partes militares en los que se echa la culpa del asesinato al FMLN. Uno dice que la guerrilla atacó el Centro de teología desde la quebrada San Carlos con fuego de lanzagranadas sin que se reportaran víctimas a las 00:30 horas —exactamente dos horas antes que ocurriera el crimen— y otro parte, distinto, que dice que, a las 00:30 horas —coinciden en las horas—, el FMLN ingresó en la UCA y asesinó a los padres jesuitas. Son reportes militares hechos previamente para culpar después al FMLN. Sólo que se equivocan en la hora en que sucedieron los hechos. A estas alturas, a once meses del asesinato, no se sabe aún quién redactó esos partes militares.

Envío: ¿En qué contexto se desarrolla esta primera fase que culmina en la decisión de juzgar a alguien?

Tojeira: Esta primera fase está en relación con una discusión interna en ARENA y el ejército que termina con el triunfo de los que podríamos llamar sectores más abiertos del partido y de la Fuerza Armada. Confluyen en este tiempo varios hechos que culminan en la decisión de juzgar a algún militar. Salen del país oficiales considerados de ultraderecha. El más significativo, tal vez, es el general Bustillo. Simultáneamente, dentro de lo que es la estructura estatal pierde fuerza el vicepresidente Merino, que sería el hombre más de derecha dentro del Estado. También pierde fuerza Merino dentro de ARENA. Da la impresión también que, en diciembre, Cristiani volvió tremendamente fortalecido de la reunión de San Isidro Coronado, en la cual tuvo un fuerte respaldo de los presidentes centroamericanos. A partir de ahí, tiene más fuerza y más control de la situación del país. Y empieza a notarse este cambio en relación al caso de los jesuitas. Probablemente hay otras cosas más que no sabemos.

La decisión de juzgar a alguien se toma a mediados de diciembre y digo que fue por esas fechas porque fue entonces cuando, por primera vez desde el crimen, miembros del ejército se acercan a la Compañía de Jesús para pedir un diálogo, muestran interés por el caso, nos empiezan a dar garantías que se va a llegar a los culpables. Incluso, nos insinúan que se está investigando prioritariamente a miembros del ejército. Nos dicen que de los doscientos testigos que han sido interrogados, unos ciento noventa son militares. Y que creen que van a llegar a algo. Empiezan a notarse ciertas aperturas. Esta primera etapa termina en la segunda semana de enero con la entrega al juez de ocho militares y del Coronel Benavides. Son nueve en total, pero uno es un desertor que no ha aparecido todavía. A los once meses ni ha aparecido ni se sabe absolutamente nada de él...

Entonces se abre el segundo momento del proceso, en el que vuelven a enfrentarse dos sectores. Por un lado está la Compañía de Jesús, algunos medios de comunicación y gente honesta del sistema judicial. Somos los que decimos: se ha llegado a éstos, pero hay suficientes datos como para pensar que hay más, que hay autores in-

telectuales, que hay inductores del crimen a los que también hay que llegar a lo largo del proceso. Por otro lado están los que dicen: a algo hemos llegado, despachemos cuanto antes y salgamos de esto. Naturalmente, nada de eso lo dicen públicamente, pero ésa es su posición: hasta aquí y nada más. Dentro del sistema judicial el grupo que quiere hacer justicia a fondo es el que afortunadamente ha estado relacionado directamente con el caso. En este grupo no hay ningún militar.

En un primer momento, los más interesados en un juicio rápido, con resultados palpables, pero definitivos, eran los de la embajada americana. La embajada se pasó los primeros meses criticando al juez por ineficiente, decía que no servía. Hubo incluso críticas personales del embajador ante algunos congresistas, diciendo que no se explicaba por qué el provincial jesuita alababa al juez por la forma en que estaba llevando el proceso. Para llegar a los autores intelectuales, a nosotros nos interesaba que el proceso fuera relativamente largo, es decir, que no se precipitaran las cosas, que se fueran dando pasos, se fueran recogiendo datos y se fueran viendo las contradicciones que a lo largo de la investigación iban apareciendo. Porque ha habido muchísimas contradicciones. En cambio, la embajada americana era partidaria de un juicio muy rápido: ya hay datos, ya hay pruebas, se interroga a unos cuantos, se hace el juicio, se los condena porque hay supuestamente pruebas suficientes y se cierra el caso sin buscar más.

Envío: Y el gobierno y los militares, ¿cómo querían el proceso? ¿Lento o rápido?

Tojeira: En el gobierno ha habido muchos tiras y aflojas. Había unos sectores —me es difícil a mí especificar con seguridad cuáles— que apoyaron que el proceso fuera lento. Pero no puedo decir por qué razones, si por las mismas nuestras o por otras. Entre los militares, la impresión que tengo es que eran otras las motivaciones. No querían de ningún modo la condena del coronel Benavides. Tal vez no les importarían los tenientes, pero culpar al coronel no lo querían de ningún modo. Creo que mientras no se les tocara a ellos no les importaba que el juicio fuera largo o fuera lento y era lento, mejor, porque así tenían más

posibilidades de ganar tiempo.

Envío: ¿Y cómo ha ido realmente el proceso, muy lento o no? Desde fuera parece que se prolonga demasiado...

Tojeira: El proceso, aunque sí va lento, ha ido cobrando cada vez más intensidad. Digo lento teóricamente, porque si el juez trabaja cuarenta horas semanales está dedicando entre quince y veinte de ellas al caso nuestro, teniendo más de 200 otros casos en espera de juicio. Si se mira así, va a mucha velocidad, y más aún si se sabe lo que es un proceso "normal" en El Salvador. Con el pasar del tiempo, el proceso ha agarrado intensidad, porque han aparecido las contradicciones. Y cuando se interroga más para aclararlas surgen nuevas contradicciones. En mi opinión, algunas son realmente escandalosas. La quema de los libros de la Escuela Militar, la mentira de los oficiales al identificar a supuestos cadetes que estaban vigilando en la escuela esa noche... Y cuando por fin aparecen los cadetes que verdaderamente vigilaron las puertas de la Escuela en esos días, dicen que no se acuerdan de nada, que no vieron nada. Uno incluso dice que se durmió... ¡en tiempos de ofensiva! Es decir, la lentitud con que ha ido el proceso deja ver que hay algo oculto detrás.

Es a golpe de interrogatorios y de contradicciones que se va llegando hasta los altos mandos del ejército. Esto abre una última etapa, la más reciente, de gran velocidad y gran intensidad. Declara Cristiani. Se presenta ante el juez personalmente. Y, entonces, una serie de oficiales —más de una docena de coroneles y tenientes coroneles— se sienten obligados a imitarlo. Y empiezan los interrogatorios de los coroneles. Por primera vez en la historia de El Salvador vemos esto. Son interrogatorios que duran más de siete horas. Naturalmente, esto pone tremendamente tensos a estos coroneles. Resulta que unos civiles los están interrogando durante horas, contradiciéndose; aquéllos les señalan las contradicciones y les piden aclaración; éstos tienen que volver a declarar e incurrir en nuevas contradicciones... Esto los pone muy nerviosos. Creo que fue tanto el nerviosismo que algunos coroneles se acogieron de nuevo a su fuero y rechazaron dar declaraciones personales ante el juez y volvieron a exigir que las

preguntas les fueran hechas por escrito para poder contestarlas de igual forma, por escrito.

Creo que esta etapa, en la cual estamos, es prácticamente la etapa final del período de instrucción. Todo juicio empieza con el período de instrucción, que es el más largo. En él se van depurando las pruebas. Después viene la elevación a plenario, y al final viene el juicio con la condena o la absolución. Estas dos son fases más reglamentadas. En cambio, el período de instrucción, aunque también tiene plazos, es más elástico, para permitir la investigación, la depuración de pruebas, la búsqueda de testigos... El período de instrucción está terminando. Ya ha pasado ante el juez todo el mundo. Quedan contradicciones, pero en base a las declaraciones no se avanza más. El último gran avance fueron todas las declaraciones de los coroneles. Creo que el nerviosismo que produjo tanta declaración de altos jefes militares ha hecho que algunos sectores deseen que el período de instrucción termine ya porque son unas tensiones muy grandes, todos los medios pendientes, un escándalo nacional... Es posible que si no aparece nada nuevo, termine la instrucción y se eleve el caso a plenario antes del aniversario del asesinato.

Envío: ¿Cuáles serían las conclusiones que pueden sacarse de todo lo investigado en este período de instrucción?

Tojeira: La etapa más propicia para llegar a los autores intelectuales es el período de instrucción. Y no hemos llegado a ellos. Esa es la más importante conclusión. Hemos llegado a los autores materiales y a quien circunstancialmente dio la orden, al coronel Benavides. Hubo una pugna entre los que queríamos llegar a los que están detrás de Benavides y los que querían quedarse en él. Se ha terminado el período de instrucción y nos hemos quedado en él. Se ha terminado el período de instrucción y nos hemos quedado en él. Es posible que a lo largo del juicio surjan datos nuevos, pero es difícil si no han aparecido durante esta etapa. A no ser que alguien tenga algo guardado y esté interesado en soltarlo precisamente en el juicio, pero me parece difícil que sea así. Termina pues la instrucción, sin que hayamos podido llegar a los autores intelectuales.

Sin embargo, eso no hace necesario el hacer una valoración totalmente negativa del período de instrucción. Negativa es si la comparamos con nuestros esfuerzos, pero creo que lo que demuestra el período de instrucción, por todas las contradicciones que han aparecido, es que hubo alguien más. Y al mismo tiempo demuestra también que el sistema judicial de El Salvador no tiene la capacidad para llegar a más de lo que ha llegado. Porque le falta una policía judicial investigadora. Y porque hay sectores de la sociedad que están realmente por encima del sistema judicial. No sé si será un consuelo pequeño, pero creo que cualquier persona que lea el juicio o que lea lo que posteriormente iremos publicando sobre el juicio —queremos hacer un estudio serio sobre el mismo— llegará a estas dos conclusiones: que había otros detrás de Benavides y que el sistema judicial en El Salvador no tiene fuerza para llegar a ellos. El que eso se llegue a revelar es, de algún modo, un triunfo del mismo sistema judicial, que ha puesto en clara evidencia sus limitaciones. No se trata de culpar a las personas que han llevado el proceso. Al contrario, lo han hecho tan suficientemente bien, que en vez de ocultar las deficiencias del sistema, las develaron ante todos.

Envío: ¿Han tenido ustedes acceso a las declaraciones recogidas en los interrogatorios de este período de instrucción? ¿Cómo evalúan lo que conocen de esas declaraciones?

Tojeira: El proceso es público y todo ciudadano salvadoreño tiene acceso a las declaraciones. Una vez que las declaraciones, ya escritas y firmadas por los interesados pasan al archivo del juzgado, y eso es en cuestión de horas, son de acceso público a cualquier interesado. Yo he leído las declaraciones, sí. ¿Qué se percibe en ellas? Bueno, nosotros hemos mantenido desde el primer momento que hubo inductores del crimen y que esos autores intelectuales no actuaron a través de la estructura oficial de mando del ejército, sino a través de la estructura informal y no oficial. Sin embargo, todos los altos oficiales que han declarado tienden a decir: si quiere saber, investiguen la estructura formal de mando del ejército. Esto lo hacen para evadir la investigación a otros niveles, y en parte también, para librarse, porque es mucho

más difícil condenar a la estructura formal y oficial del ejército que hacer investigaciones concretas en las contradicciones de algunos de ellos.

De hecho, las contradicciones no son necesariamente reveladoras de culpabilidad, pero sí son reveladoras, por lo menos, de irresponsabilidad. Por poner un ejemplo: a uno de los coroneles le pide el juez que proporcione la lista de los miembros del batallón Atlacatl que participaron en el operativo del cateo. Manda una lista de treinta y tantos. El coronel Ponce mira la lista y declara que sí, que en el cateo de la UCA participaron esos treinta y tantos. Pero después aparece otro militar y al declarar dice: yo estuve cateando la casa a tal hora... y da todos los datos correctos. Pero ése no aparecía en la lista. ¿Por qué razón? No lo sabemos, nadie explica por qué. Eso me parece una irresponsabilidad. A otro alto oficial, al que estaba al frente de la inteligencia militar, se le pregunta sobre quién elaboró o envió esos dos informes en los que se describen falsos operativos para acusar al FMLN. Ambos informes son falsos, ambos están adelantados hora y media a la hora del crimen y ambos son contradictorios, porque uno dice que atacan desde fuera y otro que atacan desde dentro. El coronel responde: no sé quién lo hizo. Le dicen: investigue. Pero no investiga nada. Hay contradicciones por todas partes. Hay una irresponsabilidad, no se nota una voluntad real de aclarar las cosas. Las declaraciones últimas de los altos oficiales aportan poco. Son muy largas, se les pregunta de todo, a algunas cosas no responden, en otras se contradicen.

Está, por ejemplo, la declaración de un teniente Cuenca Ocampo, que es del DNI; él participó en el cateo. Ante la Comisión de Hechos Delictivos, Cuenca Ocampo declara que él llegó a la Escuela Militar y se encontró con el teniente Espinoza, que era compañero suyo de promoción, y le dijo: hombre, ¿qué estás haciendo? Y el otro le dijo que los preparativos para ir a registrar la casa de los jesuitas en la UCA. Entonces regresa al DNI y lo comenta con su superior y éste le dice: ¡pues vete con ellos! Y se va a la UCA directamente y encuentra a los que van a catear y les dice: me mandan a estar con ustedes mientras hacen el cateo. Esto lo declaró ante el órgano



auxiliar del poder judicial, pero ante el juez dice otra cosa: que a él lo mandó al cateo el DNI, que él no había visto antes al teniente Espinoza, que ignora por qué lo mandaron al cateo y que vio a Espinoza por primera vez ya en el predio de la UCA. Una contradicción absoluta con lo que dijo ante el órgano auxiliar del poder judicial. No sabemos por qué cambió su declaración, pero la cambió.

Hay otras contradicciones, interesantes, que descubren cosas. Desde el primer momento, el jefe del estado mayor, el coronel Ponce, declara que autorizó el cateo de la UCA a las 8:50 de la noche. Y el cateo empezó a las 6:30. Han declarado que fue a las 6:30 el teniente Espinoza, que comandó la operación de cateo, el teniente Cuenca Ocampo, que acompañó al cateo, el padre Rodolfo Cardenal, que estaba allí en ese momento, Nacho Martín-Baró, que en su computadora dejó un escrito diciendo que el cateo había sido poco después del toque de queda, —y el toque de queda empezaba a las 6:00 de la tarde— y yo, que dije que a eso de las ocho de la noche me llamó Martín-Baró para decirme que había terminado el

cateo y que estuviéramos al tanto por si de la casa de ellos venfan a la nuestra a catear. Creo que hay suficientes y variados testigos como para asegurar que el cateo fue a las 6:30. ¿Por qué el coronel Ponce insiste en que él lo autorizó a las 8:50? Porque en esto no veo ninguna razón para que mienta. Yo creo que la única razón para decir eso es que realmente Ponce lo autorizó a las 8:50. ¿Qué significa esto? Que el cateo se realizó antes de pedir permiso. Esto nos lleva a pensar nuevamente que había un plan preconcebido, fuera de la estructura de mando militar, y que una vez que se realiza el cateo, como saben que éste puede tener repercusiones, los que dirigen el plan lo comunican al Estado Mayor. No sea que después tengan complicaciones. Tienen, pues, el permiso de la estructura, pero la estructura realmente dio el permiso después de los hechos.

Envío: Entonces, ¿habría que eximir de responsabilidad a los mandos de la estructura formal del ejército?

Tojeira: No, esto no quita que la estructura formal fuera utilizada por los del plan y que

oficiales de la estructura formal estén también dentro del plan, pero no la usan y si lo hacen es hasta después de haber actuado. No la usan para dar las órdenes, sino para encubrir en caso de necesidad y borrar huellas. El cambio de horas en el cateo y los informes escritos contra el FMLN demuestran que existía una conspiración organizada y preparada de antemano. Hay también algunas mentiras flagrantes. En general, todos los altos mandos dicen que no se enteraron del crimen hasta las ocho o nueve de la mañana del día 16, a través de la radio cadena oficial. Sin embargo, un policía que distribuye alimentos declaró que a eso de las 6:15 de la mañana él escuchó por la radio de su carro patrulla, por una comunicación interna entre militares, que ya habían matado a los jesuitas. ¿Cómo es posible que un soldadito diga que lo oyó a las 6:15 y todo el Estado Mayor y todos los altos oficiales digan que no lo oyeron hasta las ocho de la mañana?

Hay otras contradicciones frente a las que uno dice, esta gente no declara por miedo. Por ejemplo, desde la azotea de la Torre Democracia, el edificio más alto de San Salvador, se tiene un buen campo de visibilidad sobre el lugar exacto del asesinato, sobre la grama donde cayeron los jesuitas, y especialmente sobre el lugar desde el que se hicieron los disparos —el ángulo de tiro está establecido judicial y técnicamente. Desde esa torre podían haber visto hasta a los asesinos —no su cara—, pero sí su figura humana, saber cuántos eran. En los asesinatos se produjeron más de treinta disparos, en todo el operativo se hicieron más de 250 disparos y se lanzaron una granada de mano, dos granadas disparadas con fusil y un cohete *LOW*, que producen explosiones muy grandes. Además, se lanzaron dos bengalas, que por supuesto iluminaron toda la Torre Democracia. ¿Cómo es posible que los militares que estaban en lo alto de la torre, en función de vigilancia, con prismáticos, digan que ellos no vieron nada? Estos tipos tenían que haber visto por lo menos el fogonazo de los fusiles con que se disparan unas treinta balas contra los jesuitas tirados en el suelo... y dicen que no vieron ni siquiera las bengalas. O estaban dormidos —y el ejército, por dormirse en tiempo de guerra, tendría que sancio-

narlos— o tienen miedo a declarar. O no quieren declarar, simple y sencillamente. La impresión que tengo es que muchos tienen miedo a declarar, y sabiendo algunas cosas, pocas o muchas, no las quieren declarar. Prefieren decir que estaban dormidos, antes de comprometerse a decir algo.

Envío: ¿Estaríamos ante una estructura de mafia, cerrada, de lealtades impenetrables?

Tojeira: Creo que existe una cerrada estructura de solidaridad interna en la Fuerza Armada salvadoreña, en la cual operan relaciones personales y de compadrazgo y otras veces relaciones de dependencia y de miedo. Nadie quiere comprometer a nadie ni declarar contra nadie. Es curioso, por ejemplo, que el teniente coronel Camilo Hernández, al que acusan de mandar a quemar los libros de la Escuela Militar no haya dicho quién le dio la orden. Esto podría haber sido su defensa principal, porque quemarlos por orden de un superior no es un delito. Podría haber señalado a su superior inmediato, pero no, no recurre a eso. Simplemente dice que él no los quemó. Esa fue toda su declaración.

Envío: En este contexto, ¿eligirían al coronel Benavides como chivo expiatorio? ¿Por qué a él? ¿Cómo acepta Benavides ser el principal acusado, el más señaladamente sentado en el banquillo?

Tojeira: Benavides fue realmente el que dio la orden. El tenía que hacerlo, él estaba al mando de esa zona. Es lógico que ninguna patrulla quisiera operar en esa zona sin mando concreto de alguien. Si otro coronel hubiera mandado a un grupo que no estaba adscrito a esa zona, al entrar en ella, le hubieran dado el alto, le hubieran preguntado quiénes eran, de dónde venían, quién los mandaba, a qué los mandaban. Y si decían, venimos en una misión especial, les hubieran pedido la orden por escrito. Necesitaban operar allí con la autorización de Benavides. Entonces, lo más fácil para los que estaban en el complot era que Benavides diera la orden. Pero Benavides mandó a un grupo especial que no estaba en la Escuela. A ese comando lo trajeron exactamente dos horas antes de que se realice el cateo en la UCA y se lo llevan tres o cuatro horas después de cometido el

asesinato. Es muy significativo que a este grupo, que es una unidad del Atlacatl, les hayan interrumpido el curso que estaban teniendo con asesores norteamericanos para enviarlos a San Salvador a una misión. Empezaron su misión con un registro y la terminaron con un asesinato. En esa misión permanecieron efectivamente bajo el mando del coronel Benavides, pero sólo circunstancialmente. Una razón más para pensar que había un complot, que esto no es sólo una decisión de Benavides. Otros buscaron a este grupo para mandarlo a catear y después, como ya conocían el lugar, eligieron el día propicio para el asesinato, los mandaron a cometer el crimen y luego los despacharon. Esto no tiene sentido si no hay un plan, en el cual ellos eran sólo la pieza material de la ejecución.

Envío: ¿Por qué el Atlacatl?

Tojeira: Creo que en el Atlacatl se desarrolla una ideología, una mentalidad, que piensa que los problemas se solucionan asesinando a las personas. En toda guerra, todos los bandos piensan resolver el problema matándose unos a otros, pero gente como la que forma estos grupos piensa que no sólo deben enfrentarse al enemigo armado, sino también al desarmado. Ha salido ahora un documental en el cual se filmaron algunos aspectos internos del batallón Atlacatl. Cuando la periodista les pregunta cuáles son los símbolos del Batallón, uno de los oficiales le responde que son una calavera y un rayo. "La calavera porque nosotros somos los que más matamos y el rayo porque matamos muy aprisa", le dice. Son gente que no tiene escrúpulos en matar. Entre ellos hay culto a la muerte. Esa es la ideología del primer batallón de élite, formado por los norteamericanos, y al cual los asesores norteamericanos han estado dando formación constante...

Envío: ¿Benavides sería entonces el autor sólo "local" del crimen?

Tojeira: Realmente, las pruebas contra Benavides son más bien circunstanciales: estaba al mando de la zona en ese momento. Pero es también una pieza del plan: no abre ninguna investigación sobre lo que sucede en su zona, acepta partes de guerra evidentemente falsos y contradic-

torios —al menos, podía haber comprobado que la hora estaba equivocada—, las armas con las cuales se ejecutó el crimen salieron de la Escuela Militar y sólo podían ser sacadas con su autorización, los asesinos salieron también de la escuela militar y él debía tener un registro de cuándo salieron, cuándo volvieron... Por todo esto, Benavides tenía todas las posibilidades para que lo señalaran si se decidía acusar a alguien. Todo apuntaba hacia Benavides.

Ahora bien, Benavides no ha declarado nada. En todos los interrogatorios y en todo momento, ha dicho que no sabe nada, que no se enteró de nada, que no supo de un crimen que ocurrió en su zona hasta las ocho o las nueve de la mañana... En fin, él se presenta como una persona totalmente ignorante y de algún modo, totalmente inepta, al reconocer una ignorancia tan absoluta sobre hechos en los que tenía al menos alguna responsabilidad. Este silencio se lo aconseja la defensa. Es lógico que se lo hayan aconsejado. De hecho, la legislación salvadoreña protege a los autores intelectuales. La ley dice que el testimonio de los cómplices de un mismo delito no tiene fuerza legal ante el juez. Entonces, habiendo dicho los tenientes que dieron testimonio ante la policía que Benavides les dio la orden, como son sus cómplices en el mismo delito, esta declaración no vale contra Benavides. Después, estos mismos tenientes y todos los demás encausados negaron todo frente al juez. Dijeron, incluso los asesinos concretos, que a ellos les pusieron un papel delante para que lo firmaran y que como se lo ponían sus superiores, ellos obedecieron. Esa es otra contradicción, pero aunque hubieran declarado ante el juez que habían participado en el crimen y habían recibido la orden de Benavides, no vale legalmente, porque son sus cómplices.

Los otros ocho ha sido encausados por pruebas de tipo material. Hay un análisis balístico que determina las armas que fueron utilizadas en el asesinato y son las mismas armas que tenían asignadas dos o tres miembros del batallón Atlacatl; y todavía un mes después del crimen las tenían. Aparte de estas pruebas materiales están las declaraciones de otros que estuvieron en el lugar del crimen, aunque no participaron en el asesi-

nato, pero que iban con los que aparecen implicados. En los hechos materiales —armas, personas, lugares, horas— todo está muy claro. En el caso de Benavides, el asunto no está tan asentado legalmente, aunque sí hay pruebas suficientes para pedir su condena.

Creo que la táctica de la defensa, aconsejando silencio o negativas, es una táctica no ética. Hay pruebas de la culpabilidad de la mayor parte de los imputados; sin embargo, todos ellos se empeñan a negar absolutamente todo. Creo que en una defensa ética de un crimen del cual hay tantas y tan manifiestas pruebas, se debe tratar que los defendidos reconozcan su culpabilidad y la defensa debe mostrar los posibles atenuantes. En este caso, atenuantes de una situación de guerra, de la situación de real locura y desconcierto que existía en ese momento, una situación en la cual no se recapacita sobre las órdenes que se reciben... En eso hay algún tipo de atenuantes. Pero en vez de acudir a esto y desde ahí pedir clemencia legal y moral, los defensores se han dedicado a negarlo todo. Esta obstinación en querer tapar el sol con un dedo genera reacciones agresivas en algunos sectores sociales.

Por otro lado, creo que el silencio Benavides en sus declaraciones se explica también porque los autores intelectuales le han asegurado que no será condenado, que saldrá libre. Claro, si al final sale libre, no pasa nada, pero si saliera culpable... Porque una cosa es un Benavides que sale libre o un Benavides que tiene que ir a juicio y finalmente lo condenan a treinta años y tiene que ir a la cárcel con los delincuentes comunes. Probablemente, cuando ese segundo Benavides vea que eso pasa o que el riesgo de que pase es inminente, podría actuar de un modo distinto a como está actuando ahora, mientras le están prometiendo que va a salir libre y que el caso no le va a traer repercusiones. Todo esto es algo más complejo que un simple "chivo expiatorio".

Envío: Y en esta fase del proceso, ¿los encausados están realmente arrestados?

Tojeira: Como militares, Benavides y todos los demás tienen derecho durante el período de instrucción a permanecer bajo arresto en sus cuar-

teles. De Benavides se informó que salía a la playa y que el suyo era un arresto dorado. Con respecto a los otros, no sé cuáles son las condiciones de su arresto. Cuando termina el período de instrucción y se eleva a plenario el juicio, si el juez decide que todos ellos pasen al plenario como imputados, automáticamente, según las leyes de El Salvador, les tocaría pasar a la cárcel de Mariona. A esto le tienen pánico, ven como una humillación terrible el tener que estar presos en una cárcel con delincuentes comunes; pero, si se demostrara su culpabilidad en juicio, diría que la mayor parte de los delincuentes comunes que están en las cárceles de El Salvador tienen delitos menos vergonzosos que el de ellos...

Envío: Y sin las declaraciones del asesor norteamericano Buckland, ¿se hubiera llegado hasta Benavides? ¿No fueron determinantes esas declaraciones? Sean verdaderas o sean sólo un globo sonda para ver hasta dónde llegaban los militares, parecen haber sido el desencadenante de la primera fase del proceso...

Tojeira: Sí, creo que Buckland desencadenó las cosas. De hecho, al mandar un informe escrito a la embajada, forzó a que Benavides fuera comprometido en el caso. Creo que a los autores materiales se habría llegado con mucha facilidad. Y creo que si este Buckland no hubiera hablado, a lo mejor ni siquiera se hubiera llegado a Benavides, sino que el caso se hubiera quedado sólo en los autores materiales. En diciembre ya se había tomado la decisión de llegar hasta ellos. Y en enero se sacó la consecuencia de la decisión tomada en diciembre. Es entonces cuando aparece el testimonio de Buckland y no queda más que llegar hasta un coronel.

Creo que Buckland tuvo un raptó de honestidad y por eso habló. No me queda claro del todo por qué dijo lo que dijo, pero la impresión que me da, incluso por las contradicciones en las que él mismo ha caído, es que se trata de un hombre atormentado por algo que sabe. Y que quería decir. Me da la impresión que cree que debe hablar, pero que no quiere hundir o perjudicar a amigos o a compañeros o a instituciones, no sé bien a quién. Por eso dice lo básico: en el ejército se

sabe que fue Benavides y a mí me lo dijo el teniente coronel Avilés, que es mi amigo. Después dice otras cosas. Por ejemplo, ha dicho que diez días antes del asesinato —incluso antes de la ofensiva—, él mismo personalmente acompañó a Avilés a hablar con Benavides y se quedó en el carro mientras los dos hablaban. Cuando regresó Avilés, éste le dijo: voy a tener que hablar, el coronel Ponce y yo estamos muy preocupados con Benavides, anda hablando de asesinar a los jesuitas. Buckland dijo esto en un testimonio por escrito y posteriormente se retractó. Esto provocó un pequeño escándalo, porque parece ser que el *FBI* determinó que este testimonio, escrito en enero, fuera entregado a la embajada norteamericana, pero la embajada dice que no lo recibió y el *FBI* dice que sí lo mandó y las autoridades judiciales salvadoreñas insisten que ellas tampoco recibieron nada. El congresista Moakley fue quien destapó este asunto. Tiene su importancia. Si se aclaraba que era falso, no había que darle ningún valor, pero si era cierto, hubiera dado una dimensión distinta al caso, puesto que se hubiera sabido que, ya antes del asesinato, había algún tipo de preparación del mismo y que también había una discusión interna donde un sector quería evitarlo y otro sector quería propiciarlo.

Envío: ¿Y qué responsabilidad le correspondería al presidente Cristiani en todo este caso? ¿Sabía o no sabía? Y si realmente no sabía, ¿no sería lo más adecuado renunciar a la jefatura de un ejército que es responsable de hechos así?

Tojeira: No creo que Cristiani esté comprometido en los asesinatos. Sinceramente, no lo creo. Y creo que ha jugado un papel con actuaciones positivas. No sé hasta qué punto tiene poder o capacidad para jugar más positivamente de lo que ha jugado. Creo que desde el primer momento él tenía la idea clara de que habían sido los militares. Yo notaba una diferencia grande entre la apertura de Cristiani a las afirmaciones que nosotros hacíamos en contra de los militares y la actitud y las reacciones de otros miembros del ejecutivo, que se ponían muy a la defensiva o simplemente acusaban al FMLN. Cristiani estaba receptivo a lo que nosotros decíamos, al menos esa impresión teníamos.

Posteriormente, en el periódico *La Croix* de París, salió una entrevista con Cristiani, el 3 de diciembre —que, por tanto, fue hecha a finales de noviembre— donde él decía que todos los datos apuntaban hacia la culpabilidad de elementos del ejército. Es una afirmación temprana. Y lo dijo en un momento en el que ni siquiera su estabilidad como presidente estaba muy consolidada y cuando había una gran división dentro del ejército, que después se resolvió sacando del país a algunos de los elementos más derechistas en su concepción de cómo conducir la guerra. Cuando dio esa declaración había todavía una crisis interna no resuelta. Sin embargo, tuvo ya entonces suficiente valor como para dar su opinión.

Creo que después jugó un papel en la decisión para llevar a juicio a los que se encontrara culpables, aun cuando fueran del ejército. Después de esta decisión, el presidente ha dado otros pasos positivos. El principal, presentarse personalmente ante el juez, renunciando a su fuero, que le permite responder a preguntas escritas a través de declaraciones juradas escritas. Esta iniciativa simplificó y aceleró el juicio, porque forzó a una serie de jefes militares —no a todos— a hacer lo mismo. Simplifica las cosas porque cuando las preguntas son por escrito no hay posibilidad de repreguntar y de agotar el tema y hay que volver a mandar preguntas escritas de nuevo. Y las contestaciones a veces se demoran más de veinte días. Y para interrogar a una persona se pueden tardar dos meses y medio o tres, entre las preguntas que van, las respuestas que vienen, las repreguntas, etc.

Creo que Cristiani también ha cometido errores de apreciación. En concreto, en torno a la testigo Lucía Cerna, habló públicamente, desacreditándola. Creo que lo hizo en base a la información que le dieron. Después, habló de unas armas que se habían encontrado en la UCA. Ciertamente, habían aparecido armas, pero en el Centro Loyola, que es nuestra casa de ejercicios. Aparecieron en un bosque que colinda con un cafetal, por el que la guerrilla se mueve libremente y por donde el ejército hace operativos con frecuencia. Las armas ni siquiera estaban muy enterradas, sino debajo de la ceniza donde se quema la basura. Realmente, si nosotros fuéramos a colaborar escondiendo armas,

no las íbamos a dejar así, a la vista, sino que las hubiéramos escondido mejor. Creo que nadie vinculó esas armas con una posición armamentista de la Compañía de Jesús, la cual, además, no existe en absoluto. Cristiani dijo que esas armas habían sido encontradas en la UCA. No sé si se equivocó por un error humano o porque alguna gente le dio esa información.

Ha habido en él, pues, una posición básica que es positiva y algunos errores. Y ha habido también algunas limitaciones, cosas que podía haber hecho y no ha hecho. Esas limitaciones, no sé si son de tipo personal o limitaciones realmente de poder, puesto que el presidente de El Salvador, como sucede en muchos otros países, no lo puede todo. Se le ha acusado de ser responsable del crimen por ser el personaje más alto del sistema de autocracia del país, pero en El Salvador el máximo poder no está en él. Si alguien debe dimitir, quienes tendrían que hacerlo son aquellos que tenían relación directa con los asesinatos o que no hicieron la investigación a la cual les obligaban sus cargos concretos. Realmente, entre él y los hechores hay muchas instancias intermedias. Y por ellas hay que buscar, no tanto a nivel de responsabilidad, cuanto a nivel de irresponsabilidad, por no haber hecho las investigaciones pertinentes en su debido momento. Creo realmente que Cristiani no ha tenido nada que ver con el asesinato y tampoco hay pruebas directas de que haya tratado después de ocultar las cosas o de ser cómplice. Además, él tenía una real amistad con Ellacuría.

Envío: ¿Y la famosa reunión de unas horas antes del asesinato? ¿Puede encerrar algunas claves?

Tojeira: La reunión del 15 fue entre todos los altos jefes militares que estaban participando en la guerra, en la zona de San Salvador, que era la zona más afectada. La secuencia temporal de esta reunión de altos jefes militares y después del asesinato, al día siguiente, hicieron enseguida que la reunión fuera muy sospechosa. Pero no creo que en la reunión trataran como tal el tema del asesinato de los jesuitas. Y es que no creo que en ningún momento se haya utilizado, para la planificación del asesinato, la estructura formal militar. Y esta reunión era parte de la estructura

formal militar. Otra cosa es que de ahí salieran algunos que hicieran la presión final a Benavides, quien también estaba allí. Otra cosa es que allí estuvieran realmente los inductores del crimen y que, en algún receso, o a la salida, hablaran de eso y le dijeran a Benavides: esta noche es la cosa, van a llegar a verte los tenientes, dales la orden... Realmente, creo que los tenientes ya sabían lo que iban a hacer antes que Benavides les diera la orden.

Envío: ¿Y lo que desencadena ese plan ya elaborado es la misma ofensiva del FMLN?

Tojeira: Creo que sí, creo que la ofensiva es el desencadenante de una decisión ya tomada. Algunos analistas salvadoreños me han dicho que la posibilidad de este asesinato se había estudiado ya a raíz de los asesinatos del FMLN contra intelectuales de la derecha salvadoreña: Peccorini, Chacón... Y que se habrían reunido militares e incluso civiles de la derecha y dijeron: nos están matando a nuestros intelectuales, nosotros tenemos que matar a los intelectuales de ellos. Así concebía este sector de derecha a nuestros compañeros. Sin embargo, aunque la decisión estaba si no tomada, al menos preparada, no se hace posible, no se vuelve realista, hasta que se lanza la ofensiva.

Envío: Otro interrogante que queda es el papel jugado por el gobierno de Estados Unidos en el caso... ¿Estaban ellos comprometidos en el plan? ¿Qué papel han jugado después, a lo largo del proceso?

Tojeira: No conozco las líneas directas de lo que hizo antes o de lo que quiere exactamente el gobierno de Estados Unidos, pero la actuación de la embajada sí la he seguido de cerca. Y la verdad es que, desde el primer momento, la embajada y su embajador William Walker jugaron a minimizar los costos políticos que este asesinato iba a traer para el gobierno de El Salvador. Y esto dominó toda su actuación, por encima del afán de la verdad. Pusieron policías, hicieron un despliegue de investigadores, pero los dominaba el deseo de minimizar los costos. ¿Qué pruebas tengo para afirmar esto? Lo primero, el caso de Lucía Cerna. Trataron por todos los medios de desprestigiar su

testimonio y era el primer testigo que decía formalmente: fueron soldados. Decía exactamente: fueron personas con uniformes como los de los soldados que yo veo en la calle. Era un testimonio todavía relativamente débil contra miembros del ejército, pero tenía un valor.

La embajada norteamericana es la que planea y dirige la campaña de desprestigio contra ella. Y fue la que nos engañó cuando Lucía viajó a Miami y pasó allí lo que pasó. Ante periodistas y en varias ocasiones insistieron también en que los asesinos eran del FMLN. Y esto contra todos los datos que iban saliendo, incluso contra la entrevista de Cristiani el 3 de diciembre, ellos insistían en señalar al FMLN. Hablé con uno de los policías investigadores norteamericanos y me insistía en la posibilidad de que fuera el FMLN, contra todas las evidencias de tipo circunstancial que ya estaban apareciendo y que nosotros conocíamos. No querían reconocer que el ejército estuviera comprometido ni siquiera querían aceptar la connivencia de algunos militares. Y eso era lo que estábamos diciendo nosotros en el primer mo-

mento, y lo mismo decía Monseñor Rivera. Lo que decíamos era simplemente eso: por la hora, por el tiempo que duró el asesinato y por el lugar en que se cometió, eso no se puede realizar sin que haya complicidad de algunos elementos del ejército. Entonces, como no sabemos quiénes lo hicieron y sí sabemos, por estas circunstancias que tuvieron que tener cómplices en el ejército, empezamos investigando al ejército y descubramos esos cómplices para después llegar a los asesinos. Para los norteamericanos decir esto parecía un delito, cuando era la cosa más lógica.

La embajada americana se resistió a aceptar estas evidencias. Creo que lo hacían por minimizar los costos políticos del crimen. No creo que lo hicieran porque estaban comprometidos de forma directa. Honestamente, creo que no lo estuvieron. Pero sí veían que los costos para su política hacia El Salvador podían ser muy grandes, como en realidad lo han sido. El Departamento de Estado acaba de decir que se siente desanimado, decepcionado y defraudado porque el Senado ha condicionado la ayuda militar a El Salvador. Si el



Departamento de Estado se siente decepcionado por esto, ¿cómo se sentiría la embajada norteamericana cuando no se sabía aún lo que ésto iba a afectar realmente la política norteamericana? Pero aunque necesitaban suavizar las cosas, minimizar los costos para su política, necesitaban también responder a la presión internacional pública. Al ver actuar así a la embajada, llegó un momento en que muchos empezaron a sospechar que algo estaban ocultando. Esto los obligó a cambiar. Aún así, creo que en diciembre, a la hora de tomar la determinación para enjuiciar a alguien, fue más lúcido un sector del gobierno de El Salvador que la misma embajada americana.

De todas formas, creo que de Estados Unidos se habla a veces de manera muy global. ¿Estados Unidos ha ayudado o no ha ayudado en el caso? Hay que verlo a tres niveles muy distintos. El primero es el del pueblo norteamericano, que ha sido de una gran solidaridad, de una extraordinaria solidaridad. Gentes muy conscientes que han visto esta barbaridad y no quieren que sus impuestos sigan favoreciendo crímenes de esta especie, gente que ha abierto los ojos y que al ver este asesinato se ha dado cuenta que eran ciertos y de igual brutalidad otros asesinatos anteriores, gente que se ha dado cuenta del peso que tienen los 75 mil muertos civiles de la guerra salvadoreña. El pueblo norteamericano se ha comportado de un modo extraordinario, escribiendo cartas a sus representantes, al gobierno, participando en reuniones no sólo litúrgicas, sino políticas, sociales, haciendo campañas, respaldando a la Compañía de Jesús y a su línea de acción en Estados Unidos.

El segundo nivel es el del Congreso norteamericano. Ahí, en su conjunto, se ha habido un gran esfuerzo para colaborar para que salga a la luz la verdad del caso. Está la comisión Moakley y también algunos senadores que también han monitoreado muy de cerca el caso y se han interesado por él. Son gente que ha tratado de buscar mecanismos de presión en favor de la investigación. Dándose cuenta los congresistas que quienes deben ser presionados en este caso son más los militares que los civiles. Y dándose cuenta también que los militares sólo responden a presiones reales. No a palabras, sino a presiones

de hecho. Creo que en estos sectores del Congreso cada vez se va haciendo más clara una idea que ya tuvieron en algún momento —y no sé por qué la abandonaron—: no se puede dar incondicionalmente ayuda a países donde se violan los derechos humanos, porque esta ayuda incondicional lo que hace es crear monstruos que después ni ellos mismos pueden controlar. Hay gente honesta y de buena voluntad en el Congreso que ha dado pasos realmente positivos y de apoyo a la investigación.

Y finalmente, el tercer nivel es el del ejecutivo norteamericano que, a mi juicio, ha tratado en todo momento de minimizar los costos del asesinato para continuar su política en El Salvador. Han seguido haciendo lo que ya hacían en vida de nuestros hermanos. La embajada escuchaba la voz de los mártires, pero en sus informes al Departamento de Estado no vacilaba en acusarlos, a ellos o a sus publicaciones, de izquierdistas, colaborando en ese sentido con una mentalidad que es la que después propicia, es cómplice, es inductora del asesinato de los jesuitas. En ese sentido, creo que el ejecutivo norteamericano, con su política concreta en El Salvador, y con las intervenciones y los informes de su embajada —que se van haciendo públicos poco a poco— tiene una cierta complicidad moral en el asesinato de los jesuitas. Esto hay que tenerlo presente.

La política de derechos humanos de la embajada no es acertada. No lo ha sido en este caso y no lo ha sido antes. La política norteamericana para El Salvador ha sido errada. Durante diez años han estado patrocinando esa política, han invertido miles de millones en ella y en El Salvador hay hoy más guerra que paz, hay menos desarrollo económico y más dificultades para la reconciliación entre los salvadoreños. El ejecutivo de Estados Unidos está empeñado en una política equivocada. Este tercer nivel, que es el que está presente entre nosotros a través de la embajada, es un nivel *non grato*, desagradable, por todo lo que de falsedad implica su decisión, su obstinación en minimizar costos. No digo que la embajada no haya hecho absolutamente nada, pero, en buena parte, lo que ha hecho ha sido porque fue empujada por las circunstancias. Creo que si esas circunstancias no la hubieran empujado a apoyar

una cierta clarificación —una cierta clarificación, porque no han hecho más— no hubieran actuado en ese sentido. No sólo es el caso de Lucía Cerna. Han intentado hasta amedrentar a algunas personas que juegan un papel en el esclarecimiento del caso y que pertenecen al sistema judicial. En los niveles del sistema judicial salvadoreño, la embajada norteamericana se ha hecho odiosa. Eso me consta. Odiosa por la política que han llevado: embarulladora, complicadora... Con nosotros igual. La embajada ha tratado en enredar las cosas, nos ha mentido y ha mantenido al frente del caso a los mismos que nos han mentido. Siempre hemos estado en tensión con ella y hasta hoy no se ha logrado la distensión.

Envío: Algunos opinan que esto puede deberse a la persona concreta, al embajador...

Tojeira: La base del problema no es esa. La base es que la política de Estados Unidos es errada. Y fuera quien fuera el embajador, probablemente hubiéramos tenido problemas. Pero además, hay un cierto consenso en los medios políticos salvadoreños que éste es el embajador de menos categoría que ha habido a lo largo de toda la guerra, durante estos últimos diez años. Un hombre prepotente, que se siente como una especie de procónsul, que menosprecia a los salvadoreños... Eso lo captan los que se acercan a él. Cuando hablaba con él, Ellacuría le contestaba muy dialécticamente y las afirmaciones del embajador no soportaban su lucidez. Si alguna vez le llevaba la contraria, Ellacuría lo rebatía rápidamente y, entonces, el embajador optaba por no llevarle mucho la contraria. Creo que la embajada norteamericana, aunque no estuviera de acuerdo con el pensamiento de Ellacuría, ya había llegado a pensar que la UCA jugaba un papel moderador en el conflicto salvadoreño. Eso hacía que hubiera más respeto y que intentaran no agredir a Ellacuría, no agudizar el conflicto directo con él. El conflicto de ahora con nosotros ha sido no porque ellos deseen conflictos, sino por el modo tan torpe como han actuado a lo largo del proceso que ha seguido al asesinato.

Envío: ¿Qué hay de los veintiún documentos que oculta el gobierno de Estados Unidos sobre el caso? ¿Es un escándalo más del proceso?

Tojeira: Nosotros teníamos información —y es lógico— que a las diversas agencias del gobierno de Estados Unidos había llegado bastante información sobre el caso. Entonces, a través de nuestros abogados en Estados Unidos, escribimos cartas al Departamento de Estado, al Consejo Nacional de Seguridad, a la CIA y a la DIA, que es la agencia de inteligencia del Departamento de Defensa. La mayoría de estas instituciones no contestó en un primer momento. Después contestó alguna y dijo que no podía poner a nuestra disposición los documentos que tenía. El Departamento de Estado se negó a dar cualquier informe que les había enviado la embajada relacionado con los jesuitas. De la DIA contestaron que tenían veintiún documentos, pero que no podían ponerlos a nuestra disposición en base a un artículo y a un inciso de sus leyes que dice que los documentos de las instituciones estatales norteamericanas son de libre acceso, salvo aquellos que pueden dañar la seguridad nacional de Estados Unidos. Esto resultaba un poco escandaloso y era incluso aprovechable para demostrar el modo de actuar claramente negativo y poco colaborador del gobierno norteamericano.

Creo que en esos informes debe haber mucha información que la embajada de Estados Unidos en El Salvador ha recabado entre sus informantes. Apreciaciones, datos, opiniones, lo que piensan de nosotros, los jesuitas, el monitoreo que han hecho de lo que nosotros hacemos... Creo que no se daña la seguridad nacional de Estados Unidos, sino que simplemente se daña a las orejas de Estados Unidos en El Salvador. Lo que no quieren es dar públicamente los nombres de sus informadores. En parte, porque de esa información, una debe ser floja y otra debe ser falsa y, entonces, quedarían muy mal los espías, orejas o asalariados —como los querramos llamar—, que Estados Unidos tiene dentro de las distintas instituciones políticas y militares de El Salvador. Por fin, ante la insistencia de los abogados que nos representan, la DIA reconoció que tenía 85 documentos y que nos podrían dar algunos, no todos. Efectivamente, nos mandaron una serie de documentos... ¡pero con unas tachaduras impresionantes! A lo mejor en una hoja de 25 ó 30 líneas, están tachadas 15 ó 18 líneas. En otras hojas hay menos tachaduras. Por

supuesto, no aparece prácticamente ningún nombre propio de los informantes. Eso lo ocultan con mucho cuidado. Donde hay tachaduras pequeñas, lo que tachan son nombres propios o de lugares que permitirían identificar a los informantes. Pero también tachan textos. Las cosas no tachadas, las que nos permiten leer, son cosas superficiales, accidentales, juicios sobre la situación sin ningún valor, alabanzas generales del modo de proceder del gobierno o de los militares, algunos datos en los que se dice que los militares están muy preocupados con el caso... En fin, datos totalmente irrelevantes. ¿Qué hay en las líneas tachadas? Aparte de nombres propios, lo demás no lo sabemos. Y nos gustaría saberlo, y no sólo lo que aparece tachado en esos documentos, sino lo que dicen los otros documentos que no quiere dar la DIA y lo que dicen los documentos que otras agencias tampoco quieren entregar. Realmente, merecería la pena que esos papeles se publicaran tal como nos los han entregado. Sólo viéndolos se hace manifiesto que, aunque el gobierno de Estados Unidos dice tener voluntad en el esclarecimiento del crimen, en la práctica no contribuye a esclarecerlo.

Este tipo de secretismo norteamericano alimenta, naturalmente, los rumores. Y rumores contra los mismos norteamericanos. Se lo tienen merecido, porque están diciendo siempre que quieren toda la claridad en el caso y ellos mismos ocultan información. Es lógico que la gente piense que esconden algo. Ellos mismos se ganan a pulso estas sospechas. Y no solamente a nosotros nos están negando información. Esta cerrazón la han tenido también con congresistas, a los que han negado el acceso a la información de estas agencias del ejecutivo. Evidentemente, esto muestra algo irregular, por lo menos, y es imposible dejar de pensar que ocultan algo escandaloso o sucio.

Envío: ¿Y cómo ha sido en general la actitud de la jerarquía católica y de la sociedad salvadoreña ante el crimen y después, ante este complejo proceso judicial?

Tojeira: Creo que Monseñor Rivera y Monseñor Rosa Chávez mostraron y siguen mostrando todavía, en estos momentos, una solidaridad extraordinaria y a mi juicio, realmente ejemplar. Se

han arriesgado por nosotros, han tomado decisiones con mucha claridad, han impulsado a fondo la investigación, no han dejado pasar trampas ni vacilaciones a lo largo de este proceso. Se han definido incluso en asuntos complejos. Creo que no hay en la actuación de ellos nada que les podamos reprochar y sí hay mucho que les debemos agradecer. Los otros obispos han reconocido el derecho y el liderazgo de Monseñor Rivera para presentar la posición oficial de la Iglesia con respecto al caso. Sólo en un primer momento hubo la voz disonante del presidente de la conferencia episcopal, Monseñor Tovar Astorga, que declaró en la revista *30 días* que lo más probable era que la guerrilla hubiera cometido el crimen. Afirmó también explícitamente, en algún momento, que no estaba de acuerdo con Monseñor Rivera. Después, no ha mantenido estas opiniones, porque los hechos han demostrado lo contrario. Creo que fue algo de tipo episódico y muy particular. El resto de los obispos ha respaldado a Monseñor Rivera en su labor y en su compromiso con la clarificación del caso.

Respecto de la sociedad salvadoreña, sin pretender que el caso sea una cuestión decisiva para ella, sí creo que ha generado una repulsa generalizada, incluso entre gentes que no simpatizaban ideológicamente con nuestros compañeros. En primer lugar, hay primero una toma de conciencia de la brutalidad del hecho y una opción básica que dice: este tipo de brutalidades no se puede consentir. Esto ha sido general. Y la brutalidad de estos asesinatos ha dejado entrever la brutalidad de la guerra en sí misma y la de otros asesinatos que habían pasado más desapercibidos. Creo que la muerte de nuestros compañeros ha dado un buen impulso a la conciencia de la necesidad de la paz, no solamente entre los que sufren la guerra, sino incluso entre aquellos a los que la guerra apenas ha tocado. Otra forma de conciencia que se ha desatado en un grupo amplio es la de decir: hay que sujetar más a los militares. El tema de la impunidad militar ha empezado a salir y a salir con fuerza a raíz del asesinato. Creo que esto es también un avance real para la paz, porque el diagnóstico de una enfermedad es lo que más aporta a la curación del cuerpo enfermo. En este

caso, el enfermo es un cuerpo social, y si se diagnostica uno de los puntos focales de la infección, como es el de la impunidad de los militares, eso contribuye a la curación del mal. También ha crecido entre las fuerzas sociales el respeto por la Iglesia, por la Compañía de Jesús, por la presencia evangelizadora y pacificadora de la Iglesia dentro de El Salvador. Creo que el asesinato de los nuestros ha sido un factor importante para mitigar el acrecentamiento de la represión en contra de la Iglesia y de los que realizan su función social en El Salvador. No digo que en estos momentos se goce de una total libertad, pero sí que se ha mitigado la creciente dinámica de provocaciones, hostigamientos, amenazas.

Envío: En su primer comunicado público, del mismo 16 de noviembre, la Compañía de Jesús expresaba su deseo de que el sacrificio de los asesinados no fuera estéril... ¿Están satisfechos en ese sentido?

Tojeira: Creo que ninguna muerte es estéril, que todas las muertes tienen el mismo valor y que ese valor de todas se va sumando. Y de repente, el valor de todas las muertes estalla en una o en dos muertes, o en ocho, como en este caso. Creo que el compromiso que a ellos les llevó a la muerte no es otro que el compromiso con la vida del pueblo salvadoreño, un compromiso que lucha contra la muerte de tantos salvadoreños que han sido asesinados anónimamente y cuya muerte no ha tenido impacto mayor en la pacificación de El Salvador, aunque sí en la progresiva toma de conciencia de que hay que luchar en favor de esa pacificación, en favor de una paz con justicia para el país. Con el asesinato de ellos, otras muchas muertes cobran el mismo valor que las de ellos y estallan simbólicamente en sus muertes. Y la gente dice: los han matado porque defendían la vida y se oponían y denunciaban la muerte de otros miles de inocentes que han sido sacrificados en esta guerra. La muerte de ellos ha tenido este valor simbólico, sacramental, teológico, que hace patente el valor de todas las muertes, el valor de tanto sacrificio por la vida y por la paz.

Envío: Los jesuitas también han hablado de que el caso requiere de verdad, de justicia y de perdón, pero en ese orden...

Tojeira: Eso lo hemos repetido mucho. Y creemos que así debe ser. Creemos que el pueblo salvadoreño necesita la verdad sobre el caso y que se le debe dar la verdad. Esta verdad es importante para la paz, porque la paz solamente se construye sobre la verdad. Un crimen como éste implica muchos problemas de fondo, muchos modos de pensar que desprecian la vida y que han prevalecido en el país. Creo que el pueblo salvadoreño necesita que se le diga la verdad completa sobre este caso. La justicia debe venir después de la verdad. Pues no basta con la verdad si se han roto los derechos básicos. Y finalmente, como cristianos y como seres humanos solidarios queda la obligación moral del perdón y de la reconciliación. ¿Qué ritmos temporales tiene o debe tener esto, la verdad, la justicia, el perdón? Creo que aún no hemos llegado todavía a la verdad plena, eso es evidente. Se ha llegado a una verdad parcial. Hay, pues, que seguir luchando por la verdad y si el juicio no llegara a toda la verdad, creo que deberíamos seguir buscando la verdad y tratando de aclararla, independientemente de que después de llegar a ella se pueda hacer justicia o no. Creo que ése es un imperativo básico y prioritario. Mientras no se llegue a la verdad total se debe continuar esa búsqueda.

Con respecto a la justicia, aunque el ideal sería que se realizara sobre la verdad plena, es bueno que se realice incluso sobre la verdad parcial, y que se haga la justicia que se pueda hacer. Creo que cuanto más plena sea la verdad, más plena será la justicia y más aportará a la paz y a la paz con justicia en El Salvador. Si la justicia se realiza de un modo débil o sobre una verdad parcial, será menor la incidencia que podría tener en sentar las bases seguras de la paz en El Salvador. Pero en esto hay que ser posibilista y aunque no nos conformamos con una justicia hecha a partir de una verdad parcial, hay que aceptar esa justicia — una justicia concreta, real— y que esa justicia vaya dando sus pasos también concretos y reales, en la medida de sus posibilidades. Nosotros nunca hemos querido venganza, nunca hemos pedido venganza contra nada ni contra nadie. Ni siquiera hemos pedido que hagan justicia quienes no pertenecen al sistema legal salvadoreño, sino que le hemos pedido solamente al sistema legal salva-

doreña que haga justicia. Nos oponemos a cualquier tipo de "justicia" que se salga de los marcos legales de El Salvador. Creemos que toda justicia debe realizarse dentro del marco legal salvadoreño.

¿El perdón? Tiene dos aspectos distintos. Uno es el perdón moral, y ése está dado desde el primer momento. Otro es el perdón legal. Este, creo que debe condicionarse a las posibilidades reales de reconciliación de la sociedad salvadoreña. Es decir, que no debe haber un perdón legal inmediato al fallo del jurado, sino que el perdón legal debe de estar incluido dentro de un marco más amplio, dentro de pasos positivos hacia la reconciliación de El Salvador. Si en un determinado momento se firma la paz entre las fuerzas en pugna y se abre la posibilidad de una convivencia pacífica, creo que entonces podría darse el perdón legal, enmarcado dentro de una amnistía general de todos los delitos de guerra, en los que incluiría también algunos delitos comunes que muchas veces han estado conectados con la situación de miseria, de endurecimiento de las conciencias y de agresividad que la misma guerra ha provocado. No le doy más importancia a los delincuentes de guerra que a los delincuentes comunes, porque en una situación de guerra la delincuencia es también un fruto de la guerra. Creo que debe haber una reconciliación general de la sociedad salvadoreña y dentro de esa reconciliación, asentada también legalmente en procesos de negociación supervisados por la ONU —como ya vienen siendo en estos momentos—, en ese marco, es cuando debe darse el perdón de los asesinos de los jesuitas. Si no, cualquier otro perdón o amnistía podría parecer una nueva burla la justicia.

Envío: También declaran los jesuitas en su primer comunicado que "se reservaban los derechos de sacar sus propias conclusiones". ¿Qué harán después del juicio y la eventual sentencia?

Tojeira: Nosotros no vamos a hacer una investigación policial, porque no somos policías, pero sí vamos a seguir mostrando todas las pistas que vayamos encontrando y las que hayan quedado sin investigar. Vamos a mostrar todo lo que hay de contradictorio y todo lo que se deduce de

las contradicciones tanto respecto del mismo proceso como respecto de toda la situación salvadoreña. Creo que aunque se descubriera a los autores intelectuales, queda por hacer una labor importante de reflexión en torno al caso. Por poner un ejemplo, hay que reflexionar sobre cuáles fueron los modos de pensar que posibilitaron este tipo de asesinato. Creo que es algo que está aún poco reflexionado en El Salvador y que hay que hacer. Si queremos realmente la paz en El Salvador, tenemos que desentrañar todo lo que tenga relevancia en torno a este caso. Hasta ahora no lo hemos hecho, porque hemos estado más ocupados en el progreso concreto de la justicia legal. Todo lo que contribuya a la paz con justicia en El Salvador y a este valor básico de hacer verdad, no solamente sobre el asesinato, sino sobre la situación que genera este asesinato y que ha generado tantos otros asesinatos tan brutales y tan absurdos como el de nuestros compañeros, es lo que los jesuitas vamos a seguir haciendo.

Envío: ¿Y qué opinión le merece el reciente voto en el Senado norteamericano, condicionando la ayuda militar al esclarecimiento del caso?

Tojeira: Creo que ha sido sobre todo un triunfo de la activa solidaridad del pueblo norteamericano. Han sido los electores, la gente de base, el pueblo norteamericano, los que han forzado a que se relacione el caso de los jesuitas con la ayuda militar. Se trata de una conexión que es real. Creo que muchos norteamericanos lo que querían era que se eliminara toda clase de ayuda, pero a nivel de los legisladores se ha adoptado un tipo de lenguaje más suave y sólo se llegó a condicionar la ayuda a la clarificación del caso. Creo que esta decisión de los congresistas ayuda para que se prosiga la investigación a fondo del caso, tanto judicial como extrajudicialmente, aclarando cada vez más las raíces del crimen, sus contradicciones, sus complicidades. Ganó el pueblo norteamericano, el Congreso lo escuchó. La posición del ejecutivo era otra. Ellos querían condicionar la ayuda a que el FMLN cesara el fuego en sesenta días, eliminando toda otra condición, sobre los jesuitas o sobre los derechos humanos.

Envío: ¿Cómo evaluar la actitud de otros países, de Europa, de España en concreto, en

donde nacieron cinco de los jesuitas asesinados?

Tojeira: A veces he llegado a pensar que la presión de otros gobiernos puede ser más efectiva sobre el gobierno de Estados Unidos que sobre el de El Salvador. Especialmente, la presión de los países europeos. España en particular tiene mínimas relaciones económicas y diplomáticas con El Salvador y por eso tiene poco que presionar a ese nivel. Creo que ese mismo esquema se repite en buena parte de los países de Europa. Con Alemania es diferente. Hay más relaciones. Y el gobierno alemán sí ha cortado todo tipo de ayuda. Esta ayuda no tiene el volumen de la norteamericana, pero sí ha sido un golpe serio y una llamada a la reflexión al gobierno salvadoreño. Evidentemente, la presión europea ha sido menor. En Europa son como más aficionados a la reflexión moral y no existen esos mecanismos populares que usan los norteamericanos para incidir en la política. En Europa es más incomprensible —creo que en España más— esa protesta civil de no violencia activa que practican tanto en Estados Unidos.

A nivel espiritual sí ha habido una gran solidaridad en España. Allá este crimen ha tenido una significación profunda a nivel eclesial. Pero no existen los mecanismos prácticos que permitan traducir esto en acción política eficaz. Es claro que la solidaridad más efectiva ha venido de Estados Unidos, pero la solidaridad afectiva ha venido, y a los mismos niveles, de varios países europeos. Es lógico que así sea: El Salvador es un país muy dependiente económica, política y militarmente de Estados Unidos y es lógico que la solidaridad se vuelva más efectiva y más práctica en Estados Unidos que en países como los europeos, que están alejados de nuestros problemas, donde sus pueblos han perdido ya la idea de cómo incide la política de sus gobiernos en los países del tercer mundo. En Europa se ha perdido la idea de lo que es el imperialismo. No quiero decir que los europeos no sean imperialistas, pero han perdido la idea porque han perdido la práctica de la política imperial y se han sumado a una práctica mucho más difusa de imperialismo económico, donde, como países del norte, se lucran de nosotros, los países del sur. Pero no ven los signos

visibles del tipo de opresión y de explotación que realizan. En Estados Unidos, sin embargo, sí existe una práctica de tipo imperialista tan evidente que el pueblo no solamente ve los mecanismos imperialistas que usa su gobierno, sino que, en algunos momentos, ve bien de cerca y con horror las consecuencias de esos mecanismos que en los países europeos ya no se ocupan.

Envío: Hay quien dice que los jesuitas asesinados han sido más eficaces políticamente después de muertos que lo que lo fueron en vida, que con su sacrificio han contribuido a la paz y al fin de la guerra como nunca lo habrían hecho estando vivos... ¿Qué piensa de eso?

Tojeira: Es una pregunta interesante. Realmente, eso se ha dicho. Evidentemente, en algunas cosas muertos ha sido más eficaces que cuando estaban vivos. Realmente, su muerte los ha hecho universales. Creo que, por ejemplo, en vida, hubiera sido muy difícil recabar afirmaciones a nivel de Iglesia tan solidarias con ellos y con nosotros, tan llenas de admiración y tan comprometidas como las que recibimos. A nivel de Iglesia en todas sus dimensiones, pero especialmente de la Iglesia jerárquica. Tenemos testimonios de la mayor altura jerárquica en la Iglesia, en los cuales se afirma que ellos son mártires. Al calificarlos así les están dando el estatuto de personas imitables en sus virtudes heroicas y en el regar con su sangre esas virtudes. Eso no lo decían antes de su muerte, no lo decía mucha gente y los que lo decían eran hasta mal vistos. Es evidente que su muerte tiene una dimensión esclarecedora sobre el compromiso y el valor de su vida. En ese sentido, se hacen más universales y, por tanto, más efectivos dentro de la conciencia de la Iglesia. En otros aspectos, políticos incluso, uno puede ver también que su muerte les dio una efectividad mayor. Ellos habían estado luchando siempre, continuamente, contra la ayuda militar norteamericana. Eran acérrimos partidarios de la supresión total de esa ayuda. Y nunca consiguieron ni siquiera el condicionamiento de la ayuda. Con su muerte han conseguido contribuir al condicionamiento de la ayuda militar. Es un ejemplo más de la mayor efectividad que hoy tienen. A nivel eclesiástico, a nivel político y a nivel social tam-

bién. Creo que vivos eran más discutidos como figuras en El Salvador que lo que lo son en la actualidad. En conjunto, ya en vida, eran muy admirados en El Salvador, pero en la muerte se hicieron universalmente admirados por los salvadoreños y mucho menos discutidos que antes. Los que hoy discuten su valía moral son minorías muy pequeñas y para hacerlo utilizan argumentos tan deformes y ridículos que con ello despiertan gran indignación, no sólo entre mucha gente sencilla, sino incluso entre mucha gente de clase media, que antes no tenía una idea clara sobre ellos y ahora sí la tiene. En eso también han sido más eficaces: en conquistar una imagen pública de respeto y de admiración en El Salvador.

Sin embargo, creo que no se puede decir que han sido más eficaces en muerte que en vida. La eficacia de su muerte ha sido por el valor que sus vidas tenían. Ellos no son mártires que nacen de la nada. Se ganaron el martirio a pulso, luchando durante veinte años en El Salvador, en favor de la paz, en favor de los pobres, de la justicia, del derecho. Y luchando por todo eso con una gran eficacia. La muerte lo que hace es dejar en claridad absoluta la intención que tenían. La gente que lucha con otro tipo de intenciones se zafa con más facilidad de la muerte. Ellos ni siquiera se escondieron, ni siquiera se protegieron, luchaban por lo que luchaban por pura convicción cristiana

y por ética humana. Su muerte puso esto en evidencia y dio pleno valor a su vida, universalizó el valor de su vida. Pero nos duele. Su muerte corta una línea de eficacia en el trabajo de hacer conciencia, en el trabajo de análisis, en el trabajo de lucha por la justicia, que son tan importantes en El Salvador. Aunque su muerte les dio una dimensión universal y dio un más de eficacia a todo lo que venían haciendo, cortó la eficacia de su trabajo. Y eso fue planeado fría y deliberadamente. Los que los mataron lo hicieron para cortar eso, la eficacia de su trabajo. Nosotros nos alegramos de tener mártires, pero su muerte nos entristece profundamente, no solamente por la injusticia que se ha hecho, sino porque se ha cortado una trayectoria de eficacia muy difícil de sustituir. Porque no se pueden sustituir veinte años de experiencia, de contactos, de trayectoria, de compromiso, de estudio, veinte años de conocimiento de la realidad salvadoreña. Para nosotros ha sido un golpe tremendo y preferiríamos que no hubieran sido mártires, sino —usando el lenguaje de la Iglesia— que sólo hubieran sido confesores de la fe. Hubiéramos preferido que la verdad de su compromiso, de su entrega, hubiera quedado clara en la confesión y no en el martirio. Reconocemos que el martirio es un don de Dios, que lo da a quien quiere y que nos debemos de sentir agradecidos y tratar ahora de corresponder a ese don de Dios. Pero hubiéramos preferido tenerlos vivos.